

Ortega dictaminó y analizó en 1930 *La rebelión de las masas*, antes de que esa rebelión pudiera pulsarse dramáticamente en la vida diaria del país. La toma de posición parecía ineludible y cualquier indecisión, cualquier tibieza, resultaba reprobable. Rehuir la adhesión expresa a una causa, una actitud de decadente apoliticismo, era una forma de hacer el juego a las fuerzas conservadoras. En 1929 las cabriolas formalistas de cierto vanguardismo pueril vuelto de espaldas a la realidad histórica fatigaban al propio Ortega, quien, a instancias de un amplio grupo de intelectuales entre los que estaban Díaz Fernández y Sender pero también García Lorca o Jarnés, aprobó un manifiesto contra el apoliticismo y el «desentenderse de los más hondos problemas de la vida española»¹⁷. Era el mismo año en que Jarnés alertaba a los artistas jóvenes, desde el prólogo de su novela *Paula y Paulita*, de que debían perder el miedo a la realidad, que era urgente una religación entre el artista y el mundo. La acusación de apoliticismo, no pocas veces enconada, recayó sobre algunos escritores republicanos (el propio Jarnés) que hubieron de sufrir luego un ignominioso exilio, el mismo que padecieron quienes les desacreditaban desde posiciones dogmáticas. Fue difícil sustraerse a la politización alrededor de 1930 y más adelante fue todavía más complicado escapar a la literatura sectaria, panfletaria y de propaganda. Giménez Caballero podía mofarse de que su antiguo secretario en *La Gaceta Literaria* hubiera dejado otras devociones para abrazar la del proletariado: «Veo que Arconada se ha hecho comunista [...] el querido bendito [...] ha concentrado su intimidad religiosa en la virgen inmaculada del comunismo», pero él mismo había tenido una funesta revelación, la del destino *fajista* o fascista de lo español, anticipada en la «Carta a un compañero de la joven España» en febrero de 1929 y en el deslumbramiento en Roma ante el fascismo italiano, que le parece un movimiento popular, de masas, antitradicional y vigoroso, y que refiere en *Circuito imperial* (1929)¹⁸. Otros apóstoles y prosélitos del fascismo se iban a reunir, desde 1931, en los bajos del Café Lyon de Madrid en la tertulia de La Ballena Alegre, donde bajo la retórica égida de Pedro Mourlane Michelena se congregaban José Antonio Primo de Rivera (el alma del conciliábulo), Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Jacinto Miquelarena, Agustín de Foxá, José María Alfaro, Luys Santa Marina, Dionisio Ridruejo y, con el paso de los meses, Samuel Ros o el joven prosista *nuevo* Antonio de Obregón, entre

¹⁷ El texto se incluyó en sus Obras completas, vol. IX, Madrid, *Revista de Occidente*, 1969, p. 102.

¹⁸ *Circuito imperial*, Madrid, *La Gaceta Literaria*, 1929. Sobre la conversión de Giménez Caballero es imprescindible leer a Enrique Selva, Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo, Valencia, *Pre-Textos*, 1999, pp. 101-163.

otros. De esta «corte literaria» saldrán en los años treinta escasas narraciones gravadas por el peso de la doctrina política, y la mayor parte se concentran en los años de la guerra¹⁹. En 1938, por ejemplo, se publican tres de las más significativas novelas de ese grupo: *Madrid, de corte a cheka*, de Agustín de Foxá; *Eugenio o la proclamación de la primavera*, de Rafael García Serrano; y *Camisa azul* de Felipe Ximénez de Sandoval, cuyo debut literario se había producido en la editorial «de avanzada» Ulises, con una narración vanguardista, *Tres mujeres más equis*.

La parábola que trazó Ximénez de Sandoval desde el vanguardismo al fascismo se repite en unos cuantos escritores eutrapélicos de los años veinte. Antonio de Obregón pasa de los esquemáticos y nihilistas *Efectos navales* aparecidos también en Ulises, a la heroificación del capitalista en *Hermes en la vía pública* (1934), novela interesantísima, susceptible de diversas interpretaciones, que su autor publica cuando ya ha entrado en la órbita de Falange. Similar evolución presenta Tomás Borrás, si bien con muchas más estaciones. Desde los cuentos lúdicos de *Noveletas* (1924) o el pintoresquismo norteafricano de *La pared de tela de araña* (1924), que contrasta por su falta de protesta con las narraciones sobre el desastre de Annual, desembocará en un relato de una truculencia gratuita, preñado de sadismo y violencia, *Chekas de Madrid* (1940, pero con una primera versión en 1939), que le valió los parabienes de algunos críticos del nuevo régimen. Vanguardismo estilístico y rarefacción ideológica se combinan en otros escritores de menor cuantía, como Francisco Guillén Salaya, autor del ensayo *Mirador Literario. Parábola de la nueva literatura* (1931) en el que detectaba en las nuevas letras la orientación hacia los problemas colectivos, y que en 1935 publica la olvidada novela *Bajo la luna nueva*²⁰. También muestran un itinerario ideológico similar algunos narradores humoristas, como Enrique Jardiel Poncela, Edgar Neville o Samuel Ros, aunque en éstos la doctrina no llega a empapar sus obras, y eso que alguno de ellos, como Ros, fue un activo nationalsindicalista.

Las novelas de Jardiel, explosivas de un humor apesadumbrado que se resolvía en sátira de costumbres sobre todo amorosas, gozaron de gran tirón popular. A razón de un título por año, fueron saliendo desde 1929 *Amor se escribe sin hache*, *¡Espérame en Siberia, vida mía!*, *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* y, con un impredecible cambio de tercio, *La*

¹⁹ *Mónica y Pablo Carbajosa han dedicado a este grupo el ensayo La corte literaria de José Antonio, Barcelona, Crítica, 2003.*

²⁰ *Es José-Carlos Mainer, que lo sabe todo de este periodo, quien llama la atención sobre la novela en La corona hecha trizas (1930-1960), Barcelona, PPU, 1989, especialmente en el ensayo que da título al volumen y en «Literatura y fascismo: la obra de Guillén Salaya».*

tournée de Dios (1932), en la que zanjaba la temática erótica subsumiéndola en una condena universal y casi sin paliativos de la humanidad. La grey-masa que se moviliza ante la visita de Dios a la Tierra arrasa cualquier brizna de optimismo sobre un futuro utópico de felicidad colectiva basado en la bondad y la verdad. Es imposible no ver en ella el chirriante negativo de las masas obreras que se idealizan en la narrativa social coetánea.

Los casos de Edgar Neville y Samuel Ros son algo distintos. Neville procedía del grupo elitista de *Revista de Occidente*, de la que había sido colaborador, y representaba un puente entre Ortega y Gómez de la Serna, entre el arte desrealizador y el humorismo ramoniano. La porción más valiosa de su obra narrativa pertenece a la década de 1920, como la novela *Don Clorato de Potasa* (1929) y el volumen de cuentos *Música de fondo* (1936) contiene, de hecho, algunos textos bastante anteriores. Por ejemplo, el cuento «Fin», que narra la aniquilación de la humanidad como consecuencia de las guerras y las epidemias, aunque pueda parecer que «esboza la imagen de una catástrofe muy cercana [...], que refleja bien el ambiente del verano de 1936»²¹, se publicó originalmente en 1931 en *Revista de Occidente*. Por el contrario, Samuel Ros desarrolló casi toda su carrera en los años treinta, con excepción del libro de cuentos *Bazar* (1928). En su siguiente volumen de cuentos, *Marcha atrás* (1931), así como en sus novelas *El ventrílocuo y la muda* (1930) y *El hombre de los medios abrazos* (1932), Ros prolonga el cultivo de una narración lúdico-humorística apoyada en el juego de ingenio constante, aunque en la segunda pone toda la artillería técnica al servicio de un tema de calado humano: la búsqueda de la personalidad individual. Una tragedia personal, la muerte de su compañera, falangista como él, lo empuja a una honda postración desde la que escribe *Los vivos y los muertos*, novela dialogada que publicó en Santiago de Chile en 1937 y en Madrid en 1941.

Otros humoristas sin filiación política explícita antes de la guerra (pero víctimas algunos de la diáspora republicana), emancipados más o menos de la tertulia de Pombo, prosiguieron sus carreras o las impulsaron en medio de la convulsión social reinante. Así, Antonio Robles (Antoniorrobles), que se había acreditado como excelente narrador infantil y no menos brillante humorista del absurdo cotidiano en novelas como *Novia partido por dos* (1929), publica *Torerito soberbio* en 1932, la última de sus obras para adul-

²¹ Mechthild Albert, *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor, 2003, p. 214. *El minucioso estudio de la profesora Albert, centrado en la trayectoria de Borrás, Ximénez de Sandoval, Ros y Obregón, es una aportación lúcida y fundamental al conocimiento de estos innovadores literarios que fueron engullidos por el maelstrom del fascismo.*